

Pilares de mi fe cristiana

En el “Tema del mes” *Fe y razón*, apuntaba la posibilidad de escribir sobre la razonabilidad de la fe cristiana. La posibilidad se hace realidad con el presente artículo.

Como el lector podrá ver, no se trata estrictamente de un artículo, sino más bien de un testimonio personal de lo que en mi vida ha dado mayor consistencia a mis convicciones. No oculto que en su elaboración me ha parecido oportuno un enfoque positivista, basando el conocimiento en la observación y la experiencia. Mi fe, más que en ideas, se apoya en hechos. Descansa sobre cuatro pilares de solidez para mí incuestionable: la existencia de la Iglesia cristiana, la Biblia, la persona de Cristo tal como aparece en la Biblia y, en último lugar, mi propia experiencia.

I. La iglesia

Son muchos los creyentes que, como yo, han conocido el Evangelio en una congregación cristiana. En su seno han crecido espiritualmente; han aprendido más y más de la Palabra de Dios predicada en los cultos; se han gozado en la comunión con los hermanos y han encontrado estimulantes oportunidades de servicio. La iglesia es para ellos una familia acogedora, una auténtica bendición que enriquece espiritualmente y vigoriza la fe. Con todo, no me sorprendería que en el rostro de más de un lector se dibujase una mueca irónica de escepticismo. ¿La Iglesia, con sus muchas debilidades, apoyo de mi fe? ¿Acaso no ha sido la Iglesia cristiana protagonista de episodios nada edificantes en el curso de la historia? En algunos momentos ¿no se ha prostituido con los poderes temporales de este mundo y ha caído con ellos en toda clase de injusticias? La conducta de muchos de sus miembros, incluso de algunos de sus líderes, ¿no ha sido tristemente escandalosa?

A fuer de sinceros, hemos de decir que sí, que todo eso es verdad. Pero yo veo en esta Iglesia una iglesia **nominal**, una institución de corte humano que no corresponde a la realidad de la Iglesia como comunidad de creyentes en Cristo que de todo corazón aman a Dios y andan en el camino del Evangelio. Los miembros de esta Iglesia, **espiritual**, están esparcidos por todo el mundo, encuadrados en comunidades de diferentes denominaciones, dando testimonio de su fe y de su vida nueva en Cristo, irradiando la luz de la verdad y del amor en favor de una humanidad desdichada. Es cierto que tampoco ellos son perfectos; están expuestos a flaquezas e inconsistencias; pero globalmente su vida es un ejemplo inspirador. ¡Cuántos de ellos han asombrado al mundo con su pureza de costumbres, su altruismo, su fervor cristiano, su abnegación y entrega al servicio de Cristo, que ha sido también servicio al prójimo! Poco tiempo después de mi conversión al Evangelio, llegó a mis manos el libro *Héroes y mártires de la obra*

misionera, de Juan C. Varetto. Su lectura me impactó profundamente. A medida que leía, más y más quedaba fascinado por aquellos héroes de la fe. Y mi propia fe se robustecía.

Pero no han sido únicamente las biografías que he llegado a leer las que me han ayudado espiritualmente. Mi relación personal con pastores fieles y miembros sencillos de iglesia, amantes de su Salvador, han contribuido igualmente al fortalecimiento de mi fe. No puedo olvidar la impresión que produjo en mí el modo como vivía su devoción privada el hombre que por primera vez me habló del Evangelio. Obrero en una fábrica de neumáticos, trabajaba en el turno de la mañana que comenzaba a las 6. Él se levantaba a las 4 de la madrugada para poder leer sin prisas un capítulo de la Biblia y la página diaria correspondiente del *Libro de Cheques del Banco de la Fe*, de C.H. Spurgeon. Concluido su tiempo devocional, tomaba un ligero desayuno y salía en bicicleta hacia la fábrica, distante unos cuatro kilómetros. Ya en el exterior, su trabajo y sus relaciones humanas indicaban que “había estado con Jesús”. Más de una vez, al recordar su ejemplo, me he sentido un tanto avergonzado, convencido de que yo, en su lugar y circunstancias, seguramente habría recortado la hora dedicada a la lectura de la Biblia y la oración. Pero todavía, años después de su partida, me hace bien su modo de vivir la fe. No es menor el beneficio que he recibido de algunos compañeros en el ministerio, pastores, teólogos y escritores de diferentes países que, con la lucidez de sus ideas y la coherencia de su vida, me han sido de gran estímulo.

Lo dicho no significa que todo en la auténtica Iglesia del Señor es hermoso y edificante. En ella también se viven experiencias dolorosas, descorazonadoras. Son las espinas que acompañan, pero no ocultan, a las rosas. Yo procuro no pincharme, pero no me aparto del rosal. Y bendigo a Dios por la Iglesia en cuyo seno mi fe crece. Veo en la Iglesia, en su existencia, en su supervivencia y crecimiento un milagro de la gracia de Dios. Sin ese milagro, hace siglos que la Iglesia habría dejado de existir; nuestras torpezas y nuestra carnalidad ya la habrían destruido. Por todo ello, la Iglesia es pilar de mi fe.

II. La Biblia

En el proceso de mi observación descubro otro hecho fundamental: la Iglesia está estrechamente vinculada a la Biblia. Se nutre de sus páginas. De ellas extrae las doctrinas que configuran su credo, recibe la orientación ética para regular su conducta y el aliento para perseverar en la fe. Los momentos más luminosos de la Iglesia han sido aquellos en que ésta ha valorado la Sagrada Escritura, la ha creído, la ha practicado y la ha proclamado fielmente.

Eso me lleva a leerla atentamente. Como resultado, advierto que su contenido está entroncado en la historia de la salvación humana. Es testimonio elocuente de que «Dios ha hablado de muchas maneras en otros tiempos...» y que

finalmente «nos ha hablado por medio de su Hijo» (Heb. 1:1-2). La Biblia recoge esa revelación. No sólo da testimonio de que ésta ha tenido lugar, sino que constituye su depósito más fiable.

A través de los tiempos la Sagrada Escritura ha sido objeto de ataques de toda índole. Algunos enemigos del cristianismo, como el emperador Diocleciano en el siglo IV y la Inquisición (en su obsesión dogmática antiprotestante) en tiempos posteriores, han tratado de destruirla materialmente arrojando al fuego multitud de ejemplares. Otros la han atacado con objeciones críticas o de carácter filosófico. Pero todo ha sido en vano. Comparable a un inmenso cubo geométrico, la Biblia se mantiene estable por más vueltas que se le dé. Sigue siendo el Libro por excelencia, el más traducido (a más de dos mil lenguas), el más leído, el más estudiado y comentado, el que mayor influencia ha tenido en la cultura occidental, el que más vidas ha transformado, el que más corazones ha consolado, el que más acciones abnegadas y heroicas ha inspirado. En él millones de creyentes han encontrado una fuente de inspiración, de confianza, de fuerza, y han podido decir como el salmista: «Lámpara es para mis pies tu Palabra y luz para mi camino» (Sal. 119:105). No es, pues, extraño, que la Iglesia se afirme sobre la Biblia y venga así a ser «columna y baluarte de la verdad» (1 Ti. 3:15).

Mi fe halla sostén en la Biblia porque me cautiva su mensaje. Conozco muchos de los argumentos que se esgrimen para desacreditarla. Y reconozco que en ella hay pasajes de difícil interpretación. Algunos plantean innegables dificultades; unas de tipo lingüístico; otras de carácter metafísico o incluso ético. Y no siempre damos con las claves hermenéuticas que las aclaren de manera plenamente satisfactoria. Confieso que la lectura de la Biblia a veces ha suscitado en mi mente preguntas para algunas de las cuales aún no he hallado respuesta del todo convincente. Pero la suma de todos los problemas y de todos los interrogantes pasan a una periferia en la que pierden toda posibilidad de socavar mi fe. Miro al contenido bíblico en su conjunto y lo veo como un bloque sólido, grandioso, digno de credibilidad. Me maravilla la revelación que hace de Dios. Me sobrecoge la descripción del hombre, en su grandeza y en su miseria. Me entristece su cuadro del pecado, en el que sobresale la inveterada tendencia del ser humano a independizarse de Dios para vivir a su antojo. Me conmueven las trágicas consecuencias del pecado que tan vívidamente se ven en innumerables textos bíblicos, corroborados por la historia. Sobre todo me asombra y fascina el amor de Dios, en perfecto equilibrio con su justicia, siempre en acción con miras a la salvación de los humanos. Me impresiona la progresión coherente de la revelación especial de Dios en el Antiguo Testamento, paralela a la historia de la salvación, y su apoteósica consumación en Cristo. La revelación divina, tal como se nos presenta en la Biblia, es semejante a un gran río; de escaso caudal en su nacimiento, va creciendo a medida que avanza con las aguas de sus afluentes, ganando anchura y profundidad hasta que desemboca en la inmensidad del mar. Dios comenzó a revelarse a los patriarcas, para continuar haciéndolo mediante los profetas. La revelación del plan salvífico de Dios va adquiriendo amplitud y

claridad crecientes y finalmente culmina con el anuncio y advenimiento del Mesías Redentor.

No menos asombroso es el hecho de que la Biblia, escrita por hombres de épocas distintas, en diferentes contextos circunstanciales y sociales, presenta una unidad sorprendente, como si hubiese tenido un solo autor. La Biblia misma explica el fenómeno: los autores humanos escribieron bajo la inspiración del Espíritu de Dios (2 P. 1:21; 2 Ti. 3:16). La teología cristiana ha deducido de estos y otros textos la doctrina de la inspiración de la Escritura y la autoridad de la misma como *norma normans*, determinate de la fe y la conducta del cristiano.

En mis reflexiones llego al convencimiento de que la Biblia es mucho más rica, más profunda y convincente que cualquier especulación humana, superior a todas las doctrinas filosóficas y a toda idea política, social o religiosa. Y la acepto como Palabra de Dios viva que día a día vivifica mi fe.

III. Cristo

En el centro y como cumbre de la Biblia veo la figura esplendorosa del Señor Jesucristo. La encuentro en predicciones más o menos explícitas, así como en personajes, hechos y objetos simbólicos del Antiguo testamento; en la información fidedigna que sobre la vida, muerte y resurrección del Salvador nos proporcionan los Evangelios; en el tremendo impacto espiritual que Cristo produjo en la iglesia apostólica, como atestiguan el libro de los Hechos y las epístolas; en el Apocalipsis, donde sobresalen la soberanía de Cristo sobre su Iglesia y sobre los reinos de este mundo y su triunfo sobre todos los poderes que se oponen a su Reino.

Pese a que de Cristo se han tenido conceptos muy dispares (un gran maestro, un reformador social de ideas avanzadas, un líder pacifista, un mártir, el fundador de la más pura de las religiones), todas esas apreciaciones quedan muy por debajo de la realidad. Jesucristo es único, incomparable, si lo contemplamos a la luz de los testimonios que de él nos han dejado los evangelistas. Partimos del hecho de que tal testimonio existe: los cuatro evangelios. Éstos, sin ser biografías en sentido estricto, nos suministran información adecuada para que sepamos quién fue Jesús, qué enseñó, que hizo, cómo fue su carácter, qué pretensiones tuvo, etc. Y de toda esa información surge una figura colosal, infinitamente superior a los más insignes personajes de la historia. Tan extraordinaria es esa figura que algunos críticos han negado su objetividad. Es -dicen- producto de la imaginación enfervorizada de los primeros discípulos, quienes aureolaron a su Maestro con la gloria de la divinidad. Pero una crítica desapasionada, nos impide llegar a esa conclusión. Si el Cristo de los evangelios, con sus milagros, sus enseñanzas maravillosas y su perfección moral hubiese sido un “invento” de los evangelistas, la obra de éstos habría sido un verdadero milagro, muy poco creíble en hombres sencillos, escasos de comprensión, de mentalidad terrena (Mr. 8:14-

21), mucho más dados a la duda y la incredulidad que al ensalzamiento romántico de un ser amado. Sería creer lo increíble pensar que los seguidores del hombre más puro y amante de la verdad, hubiesen desfigurado la imagen de Jesús, y que en defensa de su testimonio adulterado hubiesen arriesgado -y en algunos casos dado- su propia vida. Resultaría, además, que una falsedad tuvo una fuerza moral y espiritual que ha transformado a millones de seres humanos. ¡Un prodigio inconcebible! Es mucho más razonable creer en la veracidad de los primeros testigos y en sus palabras. He aquí lo declarado por los apóstoles Pedro y Juan: «Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosamente inventadas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad» (2 P. 1:16). «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos acerca del Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos» (1 Jn. 1:1-3).

Si nos atenemos a lo escrito en los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento, pronto nos percatamos de la grandeza humana y sobrehumana de Cristo. Los discípulos obraron milagros en el nombre de Jesús, pero él los realizó por el poder que encarnaba en su persona. Sus enseñanzas, recibidas del Padre, las impartía con su autoridad personal («oísteis que fue dicho... mas yo os digo...», Mt. 5:21-22, 27-28, 31-32). Para el hombre en su estado de perdición sólo ve un remedio: un nuevo nacimiento por obra del Espíritu mediante la fe (Jn. 3:3, 5-6, 16). Descubrimos asimismo lo extraordinario de sus palabras y de su obra. Su mensaje es “buena nueva”. Proclama la salvación y la incorporación al Reino de Dios. A través de sus enseñanzas revela la grandiosidad de Dios, de su justicia y su amor. Ahonda en los abismos de la naturaleza humana, creada «en el principio» a imagen de Dios, pero desfigurada, corrompida y ensuciada por el pecado. Presenta su obra redentora como la meta de su vida en la tierra («El Hijo del hombre vino a salvar lo que se había perdido», Mt. 18:11). En cuanto a sus enseñanzas morales, a cuya altura vivió él siempre, nadie jamás ha podido igualarlas, mucho menos superarlas. En sus máximas y en su conducta fue el ejemplo perfecto de lo que debe ser todo ser humano. Aun hombres no cristianos como Gandhi han hallado en el Sermón del Monte las normas éticas más elevadas que ha conocido la humanidad.

Entre todas estas facetas del mensaje tienen especial relieve algunas pretensiones de Jesucristo que en cualquier otro hombre serían absurdas, hilarantes, síntoma de megalomanía paranoica. Un ejemplo: su plena identificación con Dios («El Padre y yo somos una sola cosa», Jn. 10:30). Fue sin duda este concepto de su identidad lo que le llevó a hacer de sí mismo la clave de la revelación divina y de la salvación humana. Los fundadores de las grandes religiones han basado su mensaje en unas doctrinas determinadas. Jesús lo basó en su propia persona, a la que dio atributos inauditos. Él dijo: «Yo soy el pan de vida» (Jn. 6:35), «el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en una fuente de agua que salte para vida eterna» (Jn. 4:14), «yo soy la luz del mundo, el que me sigue no

andaré en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn. 8:12). Nunca dijo: “El que cree en mi doctrina se salvará”, sino «el que cree en mí tiene vida eterna» (Jn. 3:16).

Otra prerrogativa divina que Jesús se atribuyó fue la facultad de perdonar pecados. Tenían razón los fariseos cuando dijeron que nadie puede hacer tal cosa sino sólo Dios; pero Jesús dijo al paralítico: «Tus pecados te son perdonados»; y sin ambages, para demostrar que poseía tal facultad, lo sanó.

La pretensión de divinidad se puso asimismo de manifiesto al aceptar ser objeto de adoración. Él, que había rechazado al diablo citando un texto áureo del Antiguo Testamento («Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás», Mt. 4:10), permitió la adoración fervorosa de la mujer hemorroísa (Mt. 15:25), del endemoniado gadareno (Mr. 5:6) y de sus propios discípulos (Mt. 14:33, 28:9, 17). En todos estos casos o estaba usurpando un honor correspondiente sólo a la Divinidad o realmente, además de hombre, era Dios. ¿Era todo fruto de una fantasía incontrolada? Si así hubiese sido nos hallaríamos ante lo más insólito: un hombre víctima de un grave desorden mental habría originado el movimiento espiritual más poderoso que ha conmovido el mundo y se habría convertido en fuente de paz, certidumbre y esperanza para millones de hombres y mujeres en todos los países a lo largo de los siglos. En el transcurso del tiempo se han desmoronado y han desaparecido sucesivos imperios. Se han debilitado y desvanecido poderosas ideologías que en su tiempo parecían destinadas a imponerse en toda la tierra. Pero el reinado de Cristo perdura aún en la vida de millones de sus seguidores. Tenía razón Napoleón cuando, preso en la isla de Santa Elena, declaró:

“Alejandro, César, Carlomagno y yo mismo hemos fundado grandes imperios; pero ¿de qué han dependido? De la fuerza. Sólo Jesús fundó su imperio sobre el amor, y hoy millones morirían por él... todos aquellos fueron hombres, y yo soy hombre; nadie más es como él; Jesucristo es más que hombre... Este fenómeno es inexplicable... El tiempo, gran destructor, es impotente para extinguir esta sagrada llama; el tiempo no puede ni agotar su energía ni limitar su extensión. Esto es lo que más me impresiona... lo que me demuestra convincentemente la divinidad de Jesucristo.”

Y Renan, renombrado filósofo y teólogo francés del siglo XIX, pese a su rechazo del elemento sobrenatural en la vida de Cristo, se vio forzado a afirmar que, “sea lo que sea que el futuro nos depare, Jesús nunca será superado”.

Yo hago míos esos testimonios y los de muchos más hombres ilustres que han reconocido la grandiosidad inigualable de Jesús, y los suscribo con un fervoroso “Amén”, un amén que significa no “así sea”, sino “así es”. En los inicios de la experiencia religiosa que me llevó a la conversión la lectura de los evangelios fue para mí decisiva. La figura del Hijo del hombre se me hacía cada vez más fascinante. Y más cautivadora. Quedé “prendado y prendido de Jesucristo”.

Desde entonces, él ha sido el soporte más sólido de mi fe.

IV. Mi experiencia personal

Reconozco que hay un elemento de verdad en la objeción de que la experiencia es poco fiable si se usa como punto de apoyo de la fe. Tiene un carácter totalmente subjetivo y es susceptible de variaciones contradictorias. Las mismas vivencias que consolidan mi fe pueden destruir la fe de otros. Algunos supervivientes de los campos de concentración nazis salieron más creyentes porque veían la mano protectora de Dios en su liberación. Pero otros, como el judío Elie Wiesel, premio Nobel, sufrieron una honda crisis espiritual. Para una misma persona las pruebas de la vida pueden ser crisol purificador y enriquecedor de su fe (1 P. 1:6-7), pero también pueden sacudirla y debilitarla con dudas letales. Globalmente no podría decirse que la experiencia, por sí sola, es un puntal resistente de la convicción religiosa. A menos que esté sólidamente trabada a los pilares objetivos antes considerados (Iglesia, Biblia, Cristo), fácilmente puede la fe desmoronarse.

Sin embargo, como columna suplementaria, unida a las anteriores, la experiencia puede contribuir al afianzamiento de la fe. Pese a los altibajos que puede presentar, yo veo claramente que mi vida no está regida por un azar ciego. Se desarrolla conforme a un propósito sabio y amoroso de Dios. Percibo un hilo continuado que engarza admirablemente los acontecimientos más significativos de mi vida. Esta percepción está corroborada por la doctrina bíblica de la providencia divina, según la cual «todas las cosas cooperan para bien de los que aman a Dios» (Ro. 8:28). También en la Escritura descubro que, como en los casos de Jeremías (Jer. 1:5) y Pablo (Gá. 1:15), aun antes de mi nacimiento mi destino estaba en las manos de Dios, y puedo decir con el salmista: «Mi embrión lo veían tus ojos, mis días estaban previstos, escritos todos en tu libro, sin faltar uno» (Sal. 139:16). Veo clarísimamente que un día Dios empezó una buena obra en mí, y su Palabra me asegura que «el que empezó la buena obra (en mí) la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1:6).

A lo largo de mi existencia he vivido experiencias de todo tipo. Sin duda, en el plan divino para mí no entraba un camino inacabable de rosas. Muchas veces el camino se ha hecho difícil, árido, penoso. He experimentado la pobreza, el hambre, el frío, la enfermedad (delicadas operaciones quirúrgicas incluidas), la humillación de la intolerancia religiosa. Por la senda de mi vida ha transitado a menudo, muy cerca de mí, el maligno con insidiosas tentaciones. Y no siempre he salido totalmente indemne de sus ataques. He conocido el límite de mis fuerzas, y mis debilidades. También las de otros compañeros de viaje. He vivido horas de bajamar espiritual. He sufrido, he orado, a veces agónicamente, y no he sido ajeno a la experiencia del desfallecimiento y de la sequía espiritual. Momentos ha habido en que espiritualmente todo se volvía oscuro. Todo parecía tambalearse. Pero siempre ha habido una recuperación. Ha vuelto a lucir el sol. La conmoción

ha cesado. En algunos trechos del camino he vivido experiencias que parecían auténticos milagros. La mano bondadosa del Señor se veía claramente. Resultado final: una fe confirmada que me permite decir con el apóstol: «Yo sé a quién he creído y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día (el día de Jesucristo)» (2 Ti. 1:12). De hecho mi confianza, en realidad, descansa mucho más en el poder de Dios que en el valor de mi experiencia.

Más de una vez he pensado -y sigo pensando- que a estas alturas de mi vida, dada la solidez de los pilares de mi fe, me resulta imposible renunciar a ella. Como Jefté, aunque en un contexto muy diferente del suyo, digo: «He dado palabra al Señor y no puedo volverme atrás» (Jue. 11:35).

José M. Martínez

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con la web titulada «Pensamiento Cristiano».

Pensamiento Cristiano es una web de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

*Copyright © 2001, José M. Martínez
Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los Temas del mes,
citando siempre el nombre del autor y la procedencia
(<https://pensamientocristiano.com>)*